

tido que otros continuasen sumidos en las tinieblas, equivale á investigar la razon de los secretos de la Providencia, y á empeñarse en rasgar el velo que cubre á nuestros ojos los arcanos de lo pasado y de lo futuro. Sabemos que Dios es justo, y que al propio tiempo es misericordioso; sentimos nuestra debilidad, conocemos su omnipotencia. En nuestro modo de concebir, se nos presentan á menudo graves dificultades para conciliar la justicia con la misericordia, y no figurarnos á un ser sumamente débil cual víctima de un ser infinitamente fuerte. Estas dificultades se disipan á la luz de una reflexion severa, profunda, y sobre todo exenta de las preocupaciones con que nos ciegan las inspiraciones del sentimiento. Y si merced á nuestra flaqueza, restan todavía algunas sombras, esperemos que se desvanecerán en la otra vida, cuando libertados del cuerpo mortal que agrava al alma, veremos á Dios como es en sí, y presenciaremos el encuentro amistoso de la misericordia y de la verdad y el santo ósculo de la justicia y de la paz. Queda de V. su afectísimo y S. S. Q. S. M. B.

J. B.

CARTA XVII.



Mi estimado amigo : las últimas palabras de mi carta anterior han excitado en V. el deseo de que yo me extienda en algunas aclaraciones sobre la vision beatifica, porque segun dice, nunca ha podido formarse una idea bien clara de lo que entendemos por esta soberana felicidad. Por cierto que me ha complacido sobre manera el que se me llame la atencion hácia este punto, que no deja en el alma las dolorosas impresiones con que nos afligen algunos de los examinados en otras cartas. Al fin se trata de felicidad, y esta no puede causar mas afecciones ingratas que el temor de no conseguirla.

Segun veo, no comprende V. bien « cómo puede constituir felicidad cumplida un simple conocimiento; y no ha de ser otra cosa la vision intuitiva de Dios. No puede negarse que el ejercicio de las facultades intelectuales nos proporciona algunos goces; pero tambien es positivo que estos necesitan la concomitancia del sentimiento, sin el cual son frios y severos como la razon de la cual dimanar. » Quisiera V. que nos hubiésemos hecho cargo los católicos de « este carácter de nuestro

espíritu, el cual si bien por medio del entendimiento llega á los objetos, no se une íntimamente con ellos de manera que le produzcan el goce, hasta que viene el sentimiento á realizar esa misteriosa expansion del alma, con la cual nos adherimos al objeto percibido, estableciéndose entre él y nosotros una afectuosa compenetracion. » Estas palabras de V. encierran un fondo de verdad, en cuanto para la felicidad del ser inteligente, exigen, á mas del acto intelectual, la union de amor. Es indudable que si falta esta última, el conocimiento puro no nos ofrece la idea de felicidad. Sea cual fuere el objeto conocido no nos haria felices, si lo contemplásemos con indiferencia. Admito sin dificultad que el alma no seria dichosa si conociendo el objeto que la ha de hacer feliz, no le amase. Sin amor no hay felicidad.

Pero si bien es verdadera en el fondo la doctrina de V., está aplicada con mucha inexactitud é inoportunidad, cuando se pretende fundar en ella un argumento en contra de la vision beatífica, tal como la enseñan los católicos. La eterna bienaventuranza la hacemos consistir en la vision intuitiva de Dios; mas no por esto excluimos el amor, antes por el contrario, decimos que este amor está necesariamente ligado con la vision intuitiva. Por manera que los teólogos han llegado á disputar, si la esencia de la bienaventuranza consistia en la vision ó en el amor; pero todos están de acuerdo en que éste es cuando menos una consecuencia necesaria de aquella. Bien se conoce que hace largo tiempo ha dado V. de mano á los libros místicos, y aun á todos los que tratan de religion, puesto que piensa mejorar la felicidad cristiana con ese filosófico sentimentalismo, que está muy lejos de levantarse á la purísima altura del amor de caridad que reconocemos los católicos, imperfecto en esta vida, y perfecto en la otra.

El *simple conocimiento* de que V. habla al tratar de la vision intuitiva de Dios, me hace sospechar con harto fundamento, que no comprende V. bien lo que entendemos por vision intuitiva, y que confunde este acto del alma con el ejercicio comun de las facultades intelectuales, á la manera que le experimentamos en esta vida. Séame pues permitido entrar en algunas consideraciones filosóficas sobre los diferentes modos con que podemos conocer un objeto.

Nuestro entendimiento puede conocer de dos maneras: por intuicion, ó por conceptos. Hay conocimiento de intuicion, cuando el objeto se ofrece inmediatamente á la facultad perceptiva, sin que esta necesite combinaciones de ninguna clase, para completar el conocimiento. En esta operacion, el entendimiento se limita á contemplar lo que tiene delante: no compone, no divide, no abstrae, no aplica, no hace nada mas que *ver* lo que está patente á los ojos. El objeto, tal como es en sí, le es dado inmediatamente; se le presenta con toda claridad; y si bien termina objetivamente la operacion, y en este sentido ejercita la actividad del sugeto, influye tambien á su vez sobre este, señoreándole por decirlo así y embargándole con su íntima presencia.

El conocimiento por conceptos es de naturaleza muy diferente. El objeto no es dado inmediatamente á la facultad perceptiva: esta se ocupa de una idea que en cierto modo es obra del entendimiento mismo, el cual ha llegado á formarla combinando, dividiendo, comparando, abstrayendo, y recorriendo á veces la dilatada cadena de un discurso complicado y penoso.

Aunque estoy seguro de que no se ocultará á la penetracion de V. la profunda diferencia que hay entre estas dos clases de conocimientos, voy á hacerla sensible en un ejemplo que está al alcance de todo el mundo. El

conocimiento intuitivo se puede comparar á la *vista* de los objetos ; el que se hace por conceptos es semejante á la idea que nos formamos por medio de las descripciones. Usted como aficionado á las bellas artes, habra admirado mil veces las preciosidades de algunos museos, y habrá leído las descripciones de otras que no le ha sido dado contemplar. ¿Encuentra V. alguna diferencia entre un cuadro *visto* y un cuadro *descrito* ? inmensa, me dirá V. El cuadro visto me presenta de golpe su belleza ; no necesito producir, me basta mirar ; no combino, contemplo ; mi alma está mas bien pasiva que activa ; y si en algun modo ejerce su actividad es para abrirse mas y mas á las gratas impresiones que recibe, como las plantas se dilatan con suave expansion para ser mejor penetradas por una atmósfera vivificante. En la descripción, necesito ir recogiendo los elementos que se me dan, combinarlos con arreglo á las condiciones que se me determinan, y elaborar de esta manera el conjunto del cuadro, con imperfeccion, de una manera incompleta, sospechando la distancia que va de la idea á la realidad, distancia que se me presenta instantáneamente, tan pronto como se me ofrece la ocasion de ver el cuadro descrito.

Hé aqui un ejemplo, que aunque inexacto, nos da una idea de la diferencia de estas dos clases de conocimiento, y que manifiesta en algun modo la distancia que va del conocimiento de Dios á la *vision* de Dios. En aquel tenemos reunidas en un concepto las ideas de ser necesario, inteligente, libre, todopoderoso, infinitamente perfecto, causa de todo, fin de todo ; en esta, se ofrecerá la esencia divina inmediatamente á nuestro espíritu, sin comparaciones, sin combinaciones, sin racionios de ninguna especie : íntimamente presente á nuestro entendimiento, le dominará, le embargará ; los ojos del

alma no podrán dirigirse á otro objeto, y entonces experimentaremos de una manera purísima, inefable para el débil mortal, aquella *compenetracion afectuosa*, aquella íntima union del seráfico amor, descrito con tan magníficas pinceladas por algunos santos, que llenos del Espíritu divino, presentian en esta vida lo que bien pronto habian de experimentar en la mansion de los bienaventurados.

Permitame V. que le manifieste la extrañeza que me causa el notar que V. no ha sentido la belleza y sublimidad del dogma católico sobre la felicidad de los bienaventurados. Prescindiendo de toda consideracion religiosa, no puede imaginarse cosa mas grande, mas elevada, que el constituir la dicha suprema en la vision intuitiva del ser infinito. Si este pensamiento fuese debido á una escuela filosófica, no habria bastantes razones para ponderarle. El autor que le hubiese concebido seria el filósofo por excelencia, digno de la apoteosis, y de que le tributasen incienso todos los amantes de una filosofia sublime. El vago idealismo de los Alemanes, ese confuso sentimiento de lo infinito que respira en sus enigmáticos escritos ; esa tendencia á confundirlo todo en una unidad monstruosa, en un ser oscuro é ignorado, que se llama absoluto ; todos esos sueños, todos esos delirios, encuentran admiradores y entusiastas, y comueven profundamente algunos espíritus, solo porque agitan las grandes ideas de unidad é infinidad ; ¿ y no tendrá derecho á la admiracion y entusiasmo la sublime ensenanza de la Iglesia católica, que presentándonos á Dios como principio y fin de todas las existencias, nos le ofrece de una manera particular como objeto de las criaturas intelectuales, cual un océano de luz y de amor en que irán á sumergirse las que lo hayan merecido por la observancia de las leyes emanadas de la sabiduría

ría infinita? ¿No es digno de admiracion y de entusiasmo, aun cuando se le mirara como un simple sistema filosófico, el augusto dogma que nos presenta á todos los espíritus finitos sacados de la nada por la palabra todopoderosa, dotados de una centella intelectual, participacion é imágen de la inteligencia divina, destinados á morar por breve espacio de tiempo en uno de los globos del universo, donde puedan contraer mérito para unirse con el mismo ser que los ha criado, y vivir despues con él en intimidad de conocimiento y de amor, por toda la eternidad?

Si esto no es grande, si esto no es sublime, si esto no es digno de excitar la admiracion y el entusiasmo, no alcanzo en qué consisten la sublimidad y la grandeza. Ninguna secta filosófica, ninguna religion, ha tenido un pensamiento semejante. Bien puede asegurarse que las primeras palabras del catecismo encierran mas infinita sublimidad de la que se contiene en los mas altos conceptos de Platon, apellidado por sobrenombre el Divino. Es lamentable que Vds. preciados de filósofos, traten con tamaña ligereza misterios tan profundos. Quanto mas se medita sobre ellos, mas crece la conviccion de que solo han podido emanar de la inteligencia infinita. En medio de las sombras que los rodean, al través de los augustos velos que encubren á nuestra vista profundidades inefables; se columbran destellos de vivísima luz que fulgurando repentinamente iluminan el cielo y la tierra. Durante los momentos felices en que la inspiracion descende sobre la frente del mortal, se descubren tesoros de infinito valor en aquello mismo que el escéptico mira desdeñoso cual miserable pábulo de la supersticion y del fanatismo. No se deje V. dominar, mi estimado amigo, por esas mezquinas preocupaciones que oscurecen el entendimiento y cortan al espíritu sus

alas; medite, profundice V. en hora buena las verdades religiosas: ellas no temen el exámen, porque están seguras de alcanzar victoria tanto mas cumplida, quanto sea mas dura la prueba á que se las sujete. Queda de V. su afectisimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA II VIII.

Mi estimado amigo : tarea difícil es para los católicos la de contentar á los escépticos. Una de las pruebas mas poderosas que tenemos en favor de la razon y justicia de nuestra causa, es la injusticia y la sinrazon con que somos atacados. Si el dogma es severo, se nos acusa de crueles; si es benigno, se nos llama contemporizadores. La verdad de esta observacion la justifica V. con las dificultades que en su última carta objeta al dogma del purgatorio; con el cual, segun afirma, está mas reñido que con el del infierno. « La eternidad de las penas, dice V., aunque formidable, me parece sin embargo un dogma lleno de terrible grandor, y digno de figurar entre los de una religion que busca la grandeza aunque sea terrible. Al menos veo allí la justicia infinita ejerciéndose en escala infinita; y estas ideas de infinidad me inclinan á creer que ese dogma espantoso no es concepcion del entendimiento del hombre. Pero cuando llego al del purgatorio; cuando veo esas pobres almas que sufren por las faltas que no han podido expiar en su vida sobre la tierra; cuando veo la incesante

comunicacion de los vivos con los muertos por medio de los sufragios; cuando se me dice que se van rescatando estas ó aquellas almas, me parece descubrir en todo esto la pequeñez de las invenciones humanas, y un pensamiento de transaccion entre nuestras miserias y la inflexibilidad de la divina justicia. Hablando ingenuamente, me atrevo á decir, que en este punto los protestantes han sido mas cuerdos que los católicos, borrando del catálogo de los dogmas las penas del purgatorio. » Tambien hablando ingenuamente replicaré yo, que solo la seguridad que abrigó de salir victorioso en la disputa, ha podido hacer que leyese con ánimo sereno tanta sinrazon acumulada en tan pocas palabras. No ignoraba que el purgatorio suele ser el objeto de las burlas y sarcasmos de la incredulidad; pero no podia persuadirme que una persona preciosa de juiciosa é imparcial, se propusiera nada menos que lavar á esas burlas y sarcasmos su fealdad grosera, dándoles un baño de observacion filosófica. No podia persuadirme que á un entendimiento claro se le ocultase la profunda razon de justicia y equidad que se encierra en el dogma del purgatorio; y que un corazon sensible no hubiese de percibir la delicada ternura de un dogma, que extiende los lazos de la vida mas allá del sepulcro, y esparce inefables consuelos sobre la melancolía de la muerte.

Como en otra carta he hablado largamente de las penas del infierno, no insistiré aquí sobre ellas; mayormente cuando V. parece reconciliarse con aquel dogma terrible, á trueque de poder combatir con mas desembarazo el de las penas del purgatorio. Yo creo que estas dos verdades no están en contradiccion; y que lejos de dañarse la una á la otra, se ayudan y fortalecen recíprocamente. En el dogma del infierno resplandece la justicia divina en su aspecto aterrador; en el del purgatorio

brilla la misericordia con su inagotable bondad; pero lejos de vulnerarse en nada los fueros de la justicia, se nos manifiestan, por decirlo así, mas inflexibles, en cuanto no eximen de pagar lo que debe, ni aun al justo que está destinado á la eterna bienaventuranza.

Supongo que no profesa V. la doctrina de aquellos filósofos de la antigüedad que no admitian grados en las culpas, y no puedo persuadirme que juzgue V. digno de igual pena un ligero movimiento de indignacion manifestado en expresiones poco mesuradas, y el horrendo atentado de un hijo que clava su puñal asesino en el pecho de su padre. ¿Condenaria V. á pena eterna la impetuosidad del primero, confundiéndola con la desnaturalizada crueldad del segundo? Estoy seguro de que no. Hémos aquí pues, con el infierno y el purgatorio; hémos aquí con la diferencia entre los pecados veniales y los mortales; hé aquí la verdad católica apoyada por la razon y por el simple buen sentido.

Las culpas se borran con el arrepentimiento: la misericordia divina se complace en perdonar á quien la implora con un corazon contrito y humillado: este perdon libra de la condenacion eterna, pero no exime de la expiacion reclamada por la justicia. Hasta en el órden humano, cuando se perdona un delito, no se exime de toda pena al culpable perdonado; los fueros de la justicia se templan, mas no se quebrantan. ¡Qué dificultad hay pues en admitir que Dios ejerza su misericordia, y que al propio tiempo exija el tributo debido á la justicia? Hé aquí pues, otra razon en favor del purgatorio. Mueren muchos hombres que no han tenido voluntad ó tiempo para satisfacer lo que debian de sus culpas ya perdonadas; algunos obtienen este perdon momentos antes de exhalar el último suspiro. La divina misericordia los ha librado de las penas del infierno;

¿pero deberemos decir que se han trasladado desde luego á la felicidad eterna, sin sufrir ninguna pena por sus anteriores extravíos? ¿No es razonable, no es equitativo, el que si la misericordia templa á la justicia, esta modere á su vez á la misericordia?

La incesante comunicacion de los vivos con los muertos, que tanto le desagrada á V., es la consecuencia natural de la union de caridad que enlaza á los fieles de la vida presente con los que han pasado á la futura. Para condenar esta comunicacion, es necesario condenar antes á la caridad misma, y negar el dogma sublime y consolador de la comunión de los santos. Extraño es que cuando se habla tanto de filantropía y fraternidad, no sean dignamente admiradas la belleza y ternura que se encierran en el dogma de la Iglesia. Se pondera la necesidad de que todos los hombres vivan como hermanos, ¿y se rechaza esa fraternidad que no se limita á los de la tierra, sino que abraza á la humanidad entera en la tierra y en el cielo, en la felicidad y en el infortunio? Donde hay un bien que comunicar, allí está la caridad que no le deja aislar en un individuo, y lo extiende largamente sobre los demas hombres; donde hay una desgracia que socorrer, allí acude la caridad llevando el auxilio de los que pueden aliviarla. Que este infortunio sea en esta vida ó en la otra, la caridad no le olvida. Ella que manda dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, amparar al desvalido, asistir al doliente, consolar al preso, ella misma es la que llama al corazon de los fieles para que socorran á sus hermanos difuntos implorando la divina misericordia, á fin de que abrevie la expiacion á que están condenados. Si esto fuese invencion humana, seria ciertamente una invencion bella y sublime. Si la hubiesen excogitado los sacerdotes católicos, no podria negárseles la habilidad de haber ar-

monizado su obra con los principios mas esenciales de la religion cristiana.

A propósito de invenciones, fácil me seria probarle á V. que el dogma del purgatorio no es un engendro de los siglos de ignorancia. Hallamos su tradicion constante aun en medio de los desvarios de las religiones falsas; lo que manifiesta que este dogma como otros, fué comunicado primitivamente al humano linaje, y sobrenadó en el naufragio de la verdad provocado por el error y las pasiones de la extraviada prole de Adan. Platon y Virgilio no eran sacerdotes de la edad media; y sin embargo, nos hablan de un lugar de expiacion. Los judios y los mahometanos no se habrán convenido con los sacerdotes católicos para engañar á los pueblos; no obstante, reconocen tambien la existencia del purgatorio. En cuanto á los protestantes, no es exacto que todos lo hayan negado: pero si se empeñan en apropiarse esta triste gloria, nosotros no se la queremos disputar; no admitan en buen hora mas penas que las del infierno, quiten toda esperanza á quien no se halle bastante puro para entrar desde luego en la mansion de los justos; corten todos los lazos de amor que unen á los vivientes con los finados; y adornen con tan formidable timbre sus doctrinas de fatalismo y desesperacion. Nosotros preferimos la benignidad de nuestro dogma á la inexorabilidad de su error; confesamos que Dios es justo y que el hombre es culpable; pero tambien admitimos que el mortal es muy débil y que Dios es infinitamente misericordioso. Queda de V. su afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XVI.



Mi estimado amigo: la discusion sobre las penas del purgatorio le ha recordado á V. el sufrimiento de los justos, y le hace encontrar dificultad en que todavia hayan de estar sujetos á nuevas expiaciones los que tantas y tan duras las padecen en la vida presente. « La virtud, dice V., está demasiado probada sobre la tierra, para que sea necesario que pase por un nuevo crisol en las penas de otro mundo. En esta tierra de injusticias é iniquidades, no parece sino que todo se halla trastornado, y que reservada para los perversos la felicidad, se guardan para los virtuosos todo linaje de calamidades ó infortunios. Por cierto, que si no tuviera el propósito firme de no dudar de la Providencia para no quemar las naves en todo lo tocante á las cosas de la otra vida, mil veces habria vacilado sobre este punto, al ver la desgracia de la virtud y la insolente fortuna del malvado. Quisiera que me respondiese V. á esta dificultad, no contentándose con ponerme delante de los ojos el pecado original y sus funestos resultados: porque si bien podrá ser verdad que esta sea una solucion satisfactoria,